

PONENCIA
CURSO DE VERANO
UC3M

6 DE JUNIO DE 2007
COLMENAREJO

MEMORIA ÚTIL DE LA TRANSICIÓN

Montserrat Huguet

Universidad Carlos III de Madrid. Departamento de Humanidades: Historia
Contemporánea

1. Se cumplen en estos días los treinta años de edad de la Transición española. El verano pasado hacíamos un esfuerzo de reflexión en razón de los setenta y cinco de la II República y cabe considerar lógico que en un par de años pensemos conveniente hacerlo en relación con el final de la Guerra Civil, que siempre será mejor sin duda que dedicar nuestra atención a la instauración de la Dictadura, ya que los modos por los que se aviva un conflicto hasta convertirlo en guerra suelen tener una cierta aplicación didáctica.

El organizador del curso me sugiere un tema en el que personalmente creo más bien poco, esto es la utilidad de la memoria histórica. Sin embargo, y puestos a ser agradecida a la invitación, así como disciplinada ante el reto de acometer la reflexión de acuerdo a los principios de lo aprendido y ensañado, me aplico a ello con la mejor de mis voluntades. Espero no aburrirles.

Para comenzar, no puedo dejar de recordar algo que escribía hace más de cuarenta años un escritor muy sabio —aunque su escritura sea de factura melancólica e incluso desconsoladora— al recordar la historia de su propio país, Hungría, que decidió abandonar, en una autobiografía dedicada a los años de la ocupación rusa y de su exilio a América, 1944-1948. Dice Sándor Márai que nadie sabe con exactitud qué es la Historia¹ y tomo prestada su máxima para añadir que la memoria de las vivencias comunes, si son beneficiosas y reconfortantes como es el caso que nos ocupa hoy, fragua a lo sumo un espíritu de nostalgia compartida por los miembros de la generación protagonista cuya utilidad dista mucho de cualquier aprendizaje activo entre las generaciones jóvenes, tal y como se pretende, por más que su efecto sí sea terapéutico para las mayores.

Convengamos en que es francamente difícil aprender de lo que uno no ha vivido, de igual modo que resultaría absurdo pretender que un crío pequeño aprendiese a comer

P¹P Coincido con esta máxima, extraída de un texto de Sándor MÁRAI, su segunda autobiografía: ¡Tierra, Tierra!, Barcelona, La Salamandra, 2006, p. 363.

explicándole la teoría de la deglución de los alimentos. Se aprende de verdad en la experiencia, y los demás intentos conducen inevitablemente al olvido.

Con todo la transmisión oral y escrita del conocimiento tiene en nuestros días un reto francamente duro, habida cuenta de la enorme cantidad de información de la que dispone para su elaboración; y en este sentido, el fenómeno de la Historia como vehículo de la formación de las voluntades correctas incurre muchas veces en ese grave error de partida que es enjuiciar el pasado en clave de lo que hoy necesitamos para domeñar los eternos peligros de la desviación social hacia terrenos que nos resultan peligrosos.

Quizá elevando iconos de bondad y éxito —pensamos— podamos ser hoy mejores hombres en sociedades más sanas; quizá mostrando las trazas más rastreras del pasado —seguimos pensando— puede que razonemos con un juicio más equilibrado que evite nuevos extremos y maldades. Nos da miedo olvidar el mal, precisamente porque lo consideramos consustancial a la bondad de la que hacemos gala. No en vano, la justicia de raíz judeocristiana en nuestra cultura occidental nos llama a recordar los actos beneficiosos de quienes nos precedieron, a tender un puente hasta ellos porque olvidarles es tanto como cometer un sacrilegio. No seré yo quien, con esta reflexión, abogue por un modelo nuevo de respeto hacia la memoria histórica.

Aún así, démonos cuenta de lo difícil que nos resulta asumir que las cosas no suceden con ninguna aspiración especial de utilidad en el futuro, asumir que sea incluso muy saludable respetar como tales los vacíos que va dejando el tiempo: en el espacio, cuando sucumbe un edificio bajo el efecto de las bombas, en la familia, al desaparecer uno de sus miembros por obra y gracia del exilio o el encarcelamiento. Porque las cosas que se van, como las personas que nos han dejado, nos reclaman el derecho a no ser sustituidas inmediatamente; nos reclaman un duelo más extenso —a la antigua— del que estamos acostumbrando a otorgarles.

El discurrir inexorable de los asuntos históricos nos mueve sin embargo por la ruta de la reposición constante de nuestra atención sobre sus claves renovadas, de ahí que de rato en rato pensemos en lo que casi se nos va escapando de la memoria y al hacerlo nos justifiquemos en ese magnífico “utilitarismo” que domina nuestra existencia.

No parece conveniente recordar por que sí, por el sano hábito de hacerlo. Parece conveniente hacerlo porque es útil. El tiempo es valioso para perderlo en tonterías y nuestro tiempo va lastrado por esa palabra tan tremenda que últimamente escuchamos en los medios y que ha salido no se sabe bien de dónde: la infame “practicidad”.

2. Supuestos a considerar indispensable buscarle utilidad a la historia, nada más pertinente que hallarla en ese tiempo breve y peculiar de nuestra historia reciente que hemos

bautizado como la Transición española. A estas alturas de la semana, y más cerrando ya el curso, difícil será que les ilustre con algo nuevo o que les llame la atención de algún modo peculiar, así que voy a abusar de su gesto amable al escucharme para decir lo que sin duda puede parecerles un conjunto de vaguedades que sin embargo considero expresan certeramente el sentido de la utilidad que a mi me sugiere el recuerdo de la Transición.

Lo primero que me viene a la memoria adolescente de aquel tiempo inicial de la Transición es la monotonía del color —pardo, gris, marrón— de las cosas y de la atmósfera; la sensación de incertidumbre y miedo en la calle, en las caras de la gente. Una vaga alegría teñida de un cierto reparo, de un respeto quejumbroso hacia lo perdido y de esperanza hacia lo aún no ganado. La utilidad que le aplico a este recuerdo es la de la expectación y la prudencia.

Nuestra época es, por lo que a los asuntos nacionales se refiere, tremendamente confiada, segura de que ninguna hecatombe puede romper el ritmo beneficioso de los asuntos que nos traemos entre manos. El alarmismo permanente es un hábito reservado a los abuelos. Ellos tuvieron razones para vivir siempre alerta —esto es algo que debiéramos respetar. Pero tal razón dejó de asistir a sus hijos, que se criaron en un aire poco a poco más despejado y colorista, el de la Transición.

Durante la Transición no se tenían —fruto de la torpeza administrativa del Régimen previo— las certezas documentales de las que hoy gozamos. El documento personal era un bien precioso, difícilmente obtenible y caro. Solo a mediados de los años ochenta los españoles podían perder su carnet de identidad con una cierta alegría, o solicitar una partida de nacimiento sin tener que estar próximo al fallecimiento. Un certificado muy apreciado era el certificado de penales, sin él el matrimonio era objeto imposible y, aún sin haber dado muestras de no merecerlo, era frecuente no obtenerlo. Los domicilios y los coches carecían en cambio de muchos de los papelillos que hoy los custodian: cédulas de habitabilidad, seguros contra incendios o tarjetas de la ITV. Pero es que la propiedad de los coches, como de los domicilios no era aún frecuente entre los españoles de mediados de los años setenta y todo lo que a su posesión y usufructo se refiere carecía de regulación. Por algunas calles de Madrid circulaban aún carros y se estilaba aún el alquiler de renta antigua.

Con la Transición nos hicimos los españoles unidades sociales bien clasificadas. Hacienda nos encontró y ya nunca nos dejó escapar. Pero gracias a este avatar que hoy consideramos insidioso y en ocasiones desmesurado en sus exigencias, fueron posibles muchos de los beneficios sociales de los que mal que bien disfrutaban hoy ustedes. Conviene recordarlo.

Conviene igualmente acordarse de cómo en la Transición se fundieron en el olvido dos términos asaz inquietantes, me refiero al de “preso político” y “exilio”. Eran ambas figuras habituales en los silencios de la generación madura que, pese a la Transición, no consiguió sacárselos de la cabeza, de ese lugar remoto en el que se aparcan las cosas que no nos gustan aunque no nos atrevamos a darles la espalda.

La mayoría de los que aquí estamos no hemos tenido siquiera que esforzarnos en olvidarlos —a los presos y a los exiliados— porque fue llegar la Transición y comenzar a vaciarse las cárceles de este particular conjunto carcelario al tiempo que, mejor o peor servidos por la suerte, regresaban del extranjero amigo los hijos de los que habían huido cuarenta años atrás.

Qué decir de la “emigración”, un hábito desfasado ya a principios de los años ochenta, excepción hecha claro está de temporeros y algún que otro colectivo muy puntual que todos los años aún salían a Francia a vendimiar o seguían faenando en lejanos caladeros bajo bandera extranjera. Los científicos emigraban a los países que requerían talento. Los músicos, los artistas florecían aún fuera de un país muy triste en sus actitudes culturales. Pero la mano de obra barata, la de toda la vida, regresaba por lo general con poco más de lo que se había llevado. Siempre había algún espabilado que lograba engatusar a los compatriotas para servirles viajes casi de balde desde Suiza a España a ver a la mujer y los chicos una vez al mes. Esta tipología de emigrante triunfó en aquellos años de crisis generalizada, como siempre lo ha hecho, vengan bien o mal dadas, aunque su caso no fue generalizable, ni mucho menos.

Presos políticos, exiliados, emigrantes... tres vestigios del pasado que la Transición sumió en el silencio, o tiñó de folclore peliculero a finales de los setenta, como si su existencia hubiera sido un mero chiste, irrelevante y castizo. Porque la Transición consistía también en sacar humor de los grandes dramas, en enfatizar en esperpento el pasado inmediato, en robarle a la memoria un sesgo de ficción reconfortante. Hoy, que tanto empeño le ponemos a la tarea de la verdad histórica —que sin duda ya toca— nos cuesta comprender el esfuerzo de huida que caracterizó a la Transición española, y miramos con ojos acusatorios relatos que a fuerza de edulcorados se nos hacen traidores. Por eso puede ser útil el darnos cuenta que al recordar aún con gesto crédulo aquella Transición aprendida en los libros y las películas de la época estamos optando por abundar en la evasión que hizo fuerte la Transición de la dictadura a la democracia. Los relatos consensuados no son ni buenos ni malos, solo son relatos cuyo objeto es la construcción de una paz social.

Tal vez resulte significativo, a la hora de mostrarnos comprensivos con la memoria oficial de la Transición, recordar que año y medio después de la muerte de Franco el desbordamiento social en este país y las movilizaciones subsiguientes hacían temerse lo peor a los poderes públicos. Quizá parezca inapropiado hablar de terror —suena casi robespieriano—, sin embargo la impresión gubernamental de la época rondaba este sentimiento irracional.

Poco a poco, al ir pasando las cosas y normalizándose lo que entonces parecía excepcional, esto es, los hábitos de convivencia en esa sacrosanta Democracia que tanto nos admiraba y tan mal conocíamos, la memoria del miedo se disolvió. Convencer al otro de que no tenía de que asustarse fue una tarea decididamente bien resuelta por parte de quienes accedían al poder desde el sistema heredado, pero también desde el ostracismo y el anonimato. ¿Quiénes eran esos nuevos líderes de aspecto juvenil y contestatario? ¿Por qué no atemorizaban ya como en tiempos —cuando en realidad no estaban— lo habían hecho su

mera evocación? ¿Y las viejas glorias del anatema nacional? Las veíamos pasearse como si tal cosa por la calle, sin peluca, con el moño bien prieto en la nuca, como si jamás se hubiesen marchado.

Hoy que asistimos como si tal cosa al discurso infatuado del miedo —miedo a la opción contraria, miedo al discurso incorrecto, miedo a la desviación de la norma- podría venirnos bien el reclamo de la Transición política española como la experiencia modesta de una sociedad que aprende a vivir perdiendo el miedo.

Muchos fueron los gestos de acercamiento y conocimiento del contrario. Por ejemplo, la supresión en el lenguaje oral y escrito del término “enemigo”. En Democracia, se decía, no existen enemigos sino a lo sumo “adversarios”. Resultaba convincente y hasta elegante usar este nuevo término. Era más moderno tener adversarios que enemigos. Al adversario podía convencerle a uno con buenas palabras y modos, con un adversario se podía pasar un rato tomando café y charlando del tiempo —a la manera inglesa- y de ningún modo se hacía extravagante contemplar la escena de dos adversarios debatiendo dignamente en el hemiciclo de las Cortes. Los adversarios aprenden a compartir Espacio. Al asumir las normas mínimas de una convivencia, dejan de lado la ira y los malos modos, las ganas permanentes de mentar a la madre del otro o de insinuar obscenidades que ni vienen a cuento ni aportan gran cosa a una tarde aburrida de debate político. Los adversarios se respetan, no así los enemigos, cuyo objetivo es la mutua aniquilación.

Esto lo aprendimos los españoles con la Transición. Y descubrimos que la visión transigente del contrario podía gratificarnos, y que la humanización del enemigo de toda la vida nos regalaba un compañero de viaje indispensable para la resolución de los conflictos propios de una sociedad en sí misma heterogénea y dinámica que exigía potentes movimientos de aceleración pero también estratégicas frenadas. Esta experiencia es hoy remota y posiblemente irrepetible.

Podemos reconocer en ella el experimento que fue aunque le negamos la oportunidad de sernos de utilidad en el presente. Piénsese con todo que la España de hace treinta años exhibía unas fuerzas políticas de derecha y de izquierda muy marcadas, y que con mimbres tan poco flexibles, amén de otros aún tiernos como eran las autonomías emergentes o la débil posición del país en el marco internacional, se las ingenió con gracia para destilar cierta paciencia y armonía allí donde la dinámica general llevaba al desorden y la riña. No me parece a mí que las cosas sean hoy más complicadas que entonces. Tampoco que quepa minusvalorar el riesgo que llevaba implícita la generosidad de aquellas gentes diversas y mal avenidas en razón al contrato histórico que heredaban, en comparación al menos con el que puedan suscribir las actuales, por la sola disposición a converger en algún que otro asunto de interés general, del Estado.

Pero, al comparar los efectos de las actitudes de las personas en los distintos tiempos de la historia se incurre en un error imperdonable. Cómo tener por estas a aquellas sociedades... Cómo exigirles a estas el comportamiento de las que les precedieron ante

asuntos de calado y contexto histórico diferente. Puestos a defender la utilidad ejemplificante de la experiencia pasada no puedo omitir la escasa admiración que me suscita el encogimiento político del presente ante los problemas —seguramente menos relevantes que los de entonces— de la agenda nacional.

El cuerpo cívico conquistado² y encarnado en las instituciones políticas y sindicales durante los años de la Transición es hoy débil, apenas residual. Y no me planteo aquí un discurso nostálgico sino de reconocimiento al trabajo anónimo de quienes, partiendo de la nada, apenas de los referentes mal aprendidos de nuestra propia e inconstante historia y del influjo exterior, debilitado por obra y gracia de la mala prensa de España en el mundo, supieron tejer el entramado del que hoy nos columpiamos.

El desvalimiento inicial de la España de la Transición no es siquiera imaginable por los ciudadanos que habitan la prepotente España actual. El desvalimiento, como la pobreza, produce en los individuos un sentimiento de vergüenza cuyos efectos pueden ser dos —la historia de la política internacional de las naciones sabe un poco de esto. Cabe el encogimiento y las defensa del harapo mugriento como si fuera la capa de un rey. Luego está la huída hacia lo desconocido, sin miramientos, con el descaro propio de los que no tienen nada que perder. A los españoles de finales de los años setenta nos pasaba que nos sentíamos tentados a elegir entre estas dos actitudes, precisamente para huir de la humillación y la vergüenza que provenía de la comparación.

Como quiera que algunos se viesan mayores y cansados para vender la vieja capa del rey, que solo ellos sentían aún cálida sobre los hombros, optaron por refugiarse en el trastero de la memoria, aguardando con insensata paciencia una resurrección milagrosa que devolviera el brillo a la ajada prenda. Otros, la mayoría, fueron encontrando poco a poco la forma de aceptar lo nuevo, de crear incluso “lo nuevo”.

Los referentes eran muchos y a gusto del consumidor. El amigo americano brillaba, pese a la mala prensa, con su peculiar e inalcanzable talento cultural; y las causas perdidas de otros pueblos, similares a las nuestras creaban en los más jóvenes el espejismo de que salvándoles de su propio desvalimiento interior era posible mejorarse a uno mismo. El cristianismo podía modernizarse y el sexo servir de vehículo a la realización individual o colectiva. Estábamos aún lejos del emocionante multiculturalismo y del cambio global que tanto nos atemoriza hoy. Pero teníamos pasaporte, causas por las que manifestarnos y un mensaje que dar al mundo: si España había podido, quién iba a negarse a sí mismo el derecho a semejante intento.

La experiencia histórica española resultaba sorprendente por muchas razones. En primer lugar se había invertido en ella un tiempo desmesurado en comparación con otros

P²P Pérez Díaz, V. (1993): *La primacía de la sociedad civil. El proceso de formación de la España democrática*, Madrid, p. 56.

procesos históricos contemporáneos —véase la construcción inicial de la II República³ que se había hecho apenas en dos años frente a los tres (noviembre 1975- diciembre 1978) de la estricta Transición. En segundo, el peculiar comportamiento de las elites, de la oposición y la ciudadanía en general. En tercero, la muy rentable y equilibrada aplicación de la dinámica cambio-permanencia aplicada tanto a la vida cotidiana como a los asuntos relativos a la llamada, usando términos de Sartori⁴, ingeniería constitucional. Por último, el peculiar papel inductor y sustentador de la Corona, enfatizado por la historiografía si bien necesitado aún de una revisión distanciada.

Y era precisamente la sorpresa que provocaba en el mundo esta experiencia la que indicaba la conveniencia de enfrascarla en un modelo a seguir para aquellos que se desvinculaban tímida o abruptamente de regímenes autoritarios. Sin embargo, y como quiera que los modelos científicos están en general reñidos con la realidad social y sus transformaciones, el academicismo y la ingenuidad acamparon allí donde debiera quizá haber predominado el pragmatismo y el contexto histórico.

Durante la transición se evitó que los españoles tuviesen sensación de ruptura. La ruptura sin embargo puede producirse aún negando que se trate de ella. Así que, en realidad hubo una ruptura acordada por la mayor parte de los agentes sociales, institucionalizada por medio de la reforma legal y llevada a término de manera pausada, ordenada. Los trabajos constituyentes⁵ fueron la mayor prueba de que se rompía con el modelo jurídico anterior, al quedar aprobado un marco de acción política y legal completamente nuevo. Esta forma de ruptura no reconocida evitó una situación de vacío de poder.

Pero quizá la mayor utilidad de reconocer en el proceso español un modelo provino de la constatación de que la Transición se producía a la par, aunque con discretas diferencias, de la portuguesa. Ambas, precediendo a las derivadas de la caída del muro de Berlín, sostuvieron por un tiempo la antorcha de “El cambio pacífico es posible”, pero también de la apreciación de su singularidad en el entramado temporal de Europa⁶.

Al concluir la II GM, no hubo transiciones sino restauraciones democráticas. Las restauraciones albergaban en algunos casos la reforma del modelo, de un modelo prebélico. Nada parecido en los casos español o portugués. En España el camino a la democracia escogido en 1976-78 condujo a una sistema imperfecto debido a la ausencia de una memoria

P³P En los años de la Segunda República, tres, esta tuvo tiempo de constituir un gobierno provisional, elaborar una Constitución, aprobar varias leyes de desarrollo constitucional, experimentar varias crisis de gobierno, vivir un golpe de Estado, convocar elecciones generales ordinarias y afrontar de manera traumática el relevo pacífico de las mayorías parlamentarias.

P⁴P SARTORI, G. (2001) [1994]: *Ingeniería constitucional comparada. Una investigación de estructuras, incentivos y resultados*, México.

P⁵P CORTES GENERALES. CONSTITUCIÓN ESPAÑOLA. *Trabajos parlamentarios*. 4 volúmenes. Madrid,

P⁶P HUNTINGTON, S. (1994) [1991]: *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*, Barcelona.

histórica sobre la que asentar la democracia. A los largos años del silencio –“impuesto” durante el franquismo- siguió lo que dio en llamarse un silencio “consentido”⁷, recuerdo mudo del golpe militar, de la guerra civil y del franquismo, que produjo el efecto perverso de romper definitivamente el vínculo histórico con la experiencia democrática previa. Esto significaba en la práctica, en boca de quienes tacharon de insuficiente la vía del consenso, una cierta tolerancia con los rescoldos avivados del franquismo y su memoria.

Del modelo de democracia aprobado en 1978 se decía que serviría para modernizar el país. Tras su implantación, quedaban atrás las razones para seguir sustentando los complejos de inferioridad y el discurso recurrente de la anomalía de España -enfrentamientos permanentes, conflictos y pobreza- con respecto a los países del su entorno inmediato. La Transición mostraba el cambio pacífico y ordenado. Nunca más iban a salir a flote los demonios de España, esa violencia y anarquía vinculadas con la naturaleza de lo español según la tradición peninsular. El propio Franco había desvelado el sueño de los españoles con sus continuas admoniciones al peligro de la desunión, de un separatismo tenebroso que significaba este mediocre mandatario entre las filas de los teóricos sociales que en tiempos del Despotismo Ilustrado defendieron la autocracia como argumento de peso contra el caos natural de la Humanidad.

Apreciada o no por quienes que la hicieron o la heredaron –el debate histórico en profundidad no fue entonces una necesidad perentoria-, lo cierto es que a los diez años de la eclosión transformadora, los españoles estaban ya en condiciones de predicar por el mundo los amores de su Democracia. Y allá que se fueron nuestros presidentes, sin los temores ni las vergüenzas aniquiladoras de los primeros meses de la Democracia, cuando tomar un avión para cruzar el charco era una aventura propia de un pionero -las fotos viajeras de Suárez solo pueden inspirar ternura.

Como en la Conquista, se aprecia en el gesto didáctico la rotundidad del carácter español, al que le cuesta arrancar en el aprendizaje pero que una vez consigue aprenderse la copla la va cantando allí donde le dejan. Primero fue Iberoamérica, ávida de acabar con sus dictadores, y luego el Este de Europa, recientemente estrenada en el capítulo de la Posguerra Fría. A finales de los ochenta España estaba en condiciones de enseñar todo lo que ya sabía: fundamentalmente, el instinto de conservación de las clases dirigentes –gobierno y oposición- el que promueve la cooperación y el consenso; y que, una vez establecida la democracia y el estado de derecho como fruto del acuerdo, y bajo un régimen de economía de Mercado y apertura al exterior, no es difícil incorporar los discursos de confianza en desarrollo y estabilidad de los pueblos.

Aún hoy, que los toros y la copla han pasado de moda, España vende la Transición como un producto con denominación de origen, que proporciona un rédito comercial interesante. Puede que no desbanque al fútbol o al flamenco, pero sin duda tiene su público.

P⁷P LEGUINA, J. Y UBIERNA, A. (2000): *Años de hierro y esperanza*, Madrid, Espasa, p. 13.

Memoria útil de la transición

Júzguese pues si ha sido útil o no esta particular memoria de la historia reciente de España.

6 de junio de 2007